

¿Cuánto vale nuestro tiempo?

Milton Valtierra.

Ayer me encontraba reunido con algunos amigos cuando entre ellos una comentó que tenía un problema de horario en su trabajo, porque su turno había acabado y quien la reemplazaba en la tienda todavía no había llegado (y no llegó en ese día). Otro de mis amigos le comentó que preguntará a su jefe qué pasaría, porque nadie le iba a regresar ese tiempo, y precisamente por esto es lo más valioso. Al oír esto último se activó mi sentido filosófico. Entre broma y reflexión pregunté a mis amistades qué implicaría llevar al tiempo libre a la lógica del libre comercio. Aunque no le presté mucha atención por, precisamente, decir esto un tanto para fastidiar, y otro tanto por aquella costumbre reflexiva que mis estudios me han obligado a desarrollar.

No fue hasta hoy que recordé esa anécdota, y que pude ahondar un poco más en ese tema de la hipotética “monetización del tiempo”: se me ocurría que, si siguiéramos las normas de la oferta y la demanda, el valor del tiempo dependería de qué tan difícil o sencillo fuera obtenerlo. En el primer caso, el valor de este producto sería muy alto; en el segundo, muy bajo. Ahora, mi amigo decía que el tiempo perdido no se recupera, pero uno realmente no puede ahorrar o guardar el tiempo, siempre se está “empleando”, por así decirlo, sin que tengamos un control sobre él, así que la facilidad para encontrar tiempo no depende de esto, porque mientras haya humanos habrá “tiempo” que se está dando. El valor del tiempo reside específicamente en qué tan difícil es que una persona ofrezca su tiempo. Mientras sea más difícil que una persona quiera “dar su tiempo” para hacer algo, más valioso será el tiempo porque, precisamente, es difícil de obtener, y ocurre lo contrario cuando es sencillo hacer que alguien “de su tiempo”.

Fue ahí cuando pude ver lo mucho que en la cotidianidad abaratamos nuestro tiempo. Es algo que no valoramos demasiado, sobre todo pensando en las ideas cotidianas de qué tan mal visto es una persona floja, o sea alguien que “no da su tiempo”, y qué tan bien visto es alguien trabajador, o que “da mucho de su tiempo” a hacer cosas. Lo que conlleva que, en conjunto con lo ya mencionado, no se valore el tiempo privado, ese momento donde lo importante no sea conseguir dinero, y tampoco sea buscar placer, sino simplemente enfocarse en hacer actividades enriquecedoras para uno mismo, esas actividades que fomenten la recreación, autoconocimiento propio, o simplemente la liberación de estrés por medio del descanso completo, el “no hacer nada”, jugar algo, divagarse o recordar cosas, etc.

Es decir que, cuando me di cuenta cuánto vale nuestro tiempo en relación a su oferta y demanda, noté que no fomentamos el uso de este “producto” para una vida sana. Su abaratamiento hace que, de hecho, toda la vida social no tome como importante el tiempo porque “no vale mucho” y cause, por ejemplo, que las jornadas de trabajo sean largas, no se valore lo suficiente el poder dormir alrededor de ocho horas al día, que sólo hasta que trabajes durante mucho tiempo se te reconozca el esfuerzo, etc.

Hay que ser flojos más seguido, principalmente para volver a darle al tiempo un valor importante y, junto con ello, recordar emplearlo para nosotros mismos.